

CONSEJO  EDITORIAL

Alborada
Selección de poemas

OTILIO GONZÁLEZ

Alborada

Selección de poemas

OTILIO GONZÁLEZ

- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
© Secretaría de Cultura
© Consejo Editorial del Gobierno del Estado

Alborada

Selección de poemas

Otilio González



Cuauhtémoc sur 349
Saltillo, Coahuila

Esta obra es publicada sin fines de lucro
y su distribución será gratuita.

Diciembre de 2020

Impreso en Saltillo, Coah., México

Presentación

LEER NO ES SÓLO una cuestión que lleva al crecimiento interior de la persona como un alimento único e insustituible para el espíritu, sino también una actividad que conduce al crecimiento de la colectividad, porque la sociedad en que vivimos exige cada vez más ciudadanos pensantes.

La lectura es considerada como fuente de información y comprensión, práctica que además de incrementar el aprendizaje, desarrolla otras facultades del intelecto y es el medio adecuado para que la sociedad pueda conocer la cultura propia y actualizar continuamente sus conocimientos.

Por ello mi administración incluye dentro de sus objetivos la creación de las condiciones necesarias para que todos los coahuilenses tengan acceso a esta experiencia tan beneficiosa. Una de las acciones emprendidas, a través del Consejo Editorial del Estado, es la creación de la Colección Clásicos de

Bolsillo: conjunto de publicaciones ágiles, amenas y de rápida lectura.

Al planear su edición, el Consejo Editorial determinó que estos libros fueran de muy fácil manejo y se seleccionaron textos no muy extensos en diseño pequeño. Las dos primeras emisiones comprenden 10 títulos de autores de fama universal: Gustavo Adolfo Bécquer, Miguel de Cervantes, Emilia Pardo Bazán, Rubén Darío, Leopoldo Alas *Clarín*, Antón Chéjov, Guy de Maupassant, José Joaquín Fernández de Lizardi, Edgar Allan Poe y Oscar Wilde.

Con el propósito de preservar y difundir la memoria editorial de la entidad, la tercera emisión se dedicó a cinco autores coahuilenses con señalados méritos en la literatura de nuestra región y en el estado, por lo que el nombre sufrió una variación: Colección Clásicos Coahuilenses de Bolsillo, que incluye textos poéticos y narrativos de Manuel Acuña, José García Rodríguez, Rafael del Río, Felipe Sánchez de la Fuente y Julio Torri.

En su cuarta entrega, el Consejo Editorial continúa el rescate y difusión del acervo literario creado por

coahuilenses e incluye en estos libros de bolsillo a Carmen Aguirre de Fuentes, Enriqueta Ochoa, Magdalena Mondragón, Otilio González y Artemio de Valle Arizpe.

De esta manera el Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza ofrece a las nuevas generaciones la oportunidad de deleitarse con las creaciones literarias de estas mujeres y hombres de letras del siglo XX, espejo del tiempo en que vivieron. Deseo que el lector pase momentos placenteros durante su recorrido por las páginas de estos Clásicos Coahuilenses. Los invito a continuar realizando esta enriquecedora práctica y a compartir la experiencia que les deja la lectura.

Miguel Ángel Riquelme Solís
Gobernador Constitucional
del Estado de Coahuila de Zaragoza

Mi canción, sin el orgullo

“Mi canción, sin el orgullo de su traje, se ha quitada sus galas para ti. Porque ellas estorbarían nuestra unión, y su campanilleo ahogaría nuestros suspiros.

Mi vanidad de poeta muere de vergüenza ante ti, Señor, poeta mío. Aquí me tienes sentado a tus pies. *Déjame sólo hacer recta mi vida y sencilla como una flauta de caña para que tú la llenes de música*”.

“Ofrenda Lírica”

(Gitanjali)

RABINDRANATH TAGORE

Hazme caña, Dios dulce

Ritmo, dios infinito, inmortal sembrador,
polen, vuelo, perfume, pan, ensueño, fe, amor,
fuego, música, curva, luz, unión, beso, vida,
toma el barro sensible de mi cuerpo, Señor,
y haz de él una flauta transparente y bruñida.

Tú que todo lo puedes hazme caña sonora
y después del milagro sopla en mí a toda hora;
yo daré melodías en que vaya tu aliento;
mulliré los dolores con mi voz bienhechora;
mandaré tus caricias en las manos del viento.

Hazme caña, Dios dulce, y verás que tu don
volcaré entre los hombres con castísima unción;
yo con él haré un verso, una flor, una ala,
y una siembra en la carne hecha amor e ilusión
que refrene el instinto en que débil resbala.

¡Oh, dios Ritmo, hazme flauta! y mi canto podrá
floreceer los rosales, dar al pobre maná;

encender muchos astros; elevar muchos rezos;
y seguir la imprecisa espiral en que va
caminando la vida con sus mudos recesos.

¡Oh, poeta Proteo! ¡Oh, ternísimo artista!,
sopla el polen dorado de mi amor panteísta;
pon en todas las frentes mi canción hecha idea;
toca todas las bocas con mi miel optimista;
llena todos los senos con el bien que en mí sea.

Y después, cuando viejo mi canción ya no suene,
y mi espíritu pare los vaivenes que hoy tiene,
como pago, dios Ritmo, rogaré que tus manos,
demostrando en mi sueño tu presencia perenne,
me conviertan en cebo de glotones gusanos.

Los papeleros

Yo quiero mucho a los papeleros.
Son ingeniosos y son parleros;
chicuelos sucios de rostro ufano
que a todo mundo tienden la mano
voceando audaces su mercancía;
¡pobres pequeños desamparados
que como pájaros desbandados
van desgranando su gritería!

Son pedigüños, son embusteros,
son incansables y pendencieros.
Tienen amarga filosofía,
que se platican con ironía;
se sienten buenos hermanos cuando
los vagabundos perros hambrientos
se tienden, largos, a oír sus cuentos:
ruecas que penas están hilando.

Son casi todos hijos del vicio
que no lograron ni un gris hospicio

donde su infancia triste pasar;
que no tuvieron para llorar
el dulce arrimo de madre alguna;
que no lactaron sino amarguras;
que del arroyo las piedras duras
tuvieron siempre por blanda cuna.

Su chaquetilla y sus pantalones
son mil andrajos, son mil jirones
que cuando marchan flotando van;
prendas inútiles que les dan
algunas gentes caritativas,
y que traidoras fingen abrigo
cuando el pequeño, del suelo amigo,
duerme esperando a las rotativas.

Cuando está lista ya la edición,
en alboroto y en confusión
se arrojan todos “a ver qué alcanzan”;
y ya provistos, presto se lanzan
y con carrera desenfrenada
doblan esquinas y cruzan plazas,
cuando les llaman desde las casas
venden aprisa, no hacen parada,

suben y bajan en los tranvías,
entran en bulla a las dulcerías,
van a las tiendas, a los mercados,
a los lugares más apartados,
por todos rumbos gritando van;
son luchadores contra el Destino
que infatigables se abren camino
a la conquista de un triste pan.

Aguantan lluvias, y aguantan vientos,
y aguantan lumbres siempre contentos;
quemando el suelo sus burdos pies
van por los cines y los cafés;
y aunque a las veces los policías,
los motoristas, y los meseros
por su insistencia les son severos,
no amainan nunca en sus alegrías.

¡Oh, los diablillos de tez bronceada
cuya cartera deshilachada
lleva la carga de sus papeles...
yo les he visto buenos y fieles
cuando les hacen algún favor!
¡Emperadores de las baldosas
con togas sucias siempre haraposas,
viven vasallos del Rey Dolor!

Salud, sacrificados

Los nobles ahuehuetes de vida milenaria;
el ópalo intranquilo del lago rumoroso;
las piedras que vivieron la hazaña legendaria;
las almas juveniles, de aliento fervoroso,
me dieron consonantes con qué rimar la gloria
más pura y más preciada que guarda nuestra Historia.

Sus notas se acoplaron en música sonora
que abierta sobre el valle filó en todas las cosas;
dio un eco la montaña; triunfal rompió la aurora,
y voces y fulgencias, en sumas armoniosas,
cambiáronse en mis cuerdas por un botín de amores
que pongo en el fecundo nidal de los cóndores.

Pujantes y risueños, divinamente altivos,
cayeron hacia arriba volviéndose inmortales;
hicieron de sus cuerpos, ardientes y votivos,
enormes incensarios de enormes espirales
que eternamente aroman guardando la fiereza
del México indomable, ¡tan lleno de grandeza!

¡Cuán bravos y cuán fuertes! ¡Cuán nobles se
[ofrendaron!
vertieron por los flancos del cerro consagrado
su sangre... y mil claveles y lirios germinaron.
Usaron por sudario un lábaro rasgado,
y fue la muerte dulce, y fue la muerte bella,
pues era un luminoso legado de epopeya...

Quedaron sobre el campo cual lises disgregadas
teniendo la postrera sonrisa en el semblante,
en ansias infinitas las manos garrotadas,
y abiertas las pupilas en trágica y constante
visión de que los cielos en soles se encendían,
y, así, en pomposas fiestas de luz, les acogían.
Llegó la Dama Blanca de gélidas caricias;
y urgando en sus alforjas repletas de ilusiones,
en trueque de sus castas y pródigas primicias
les dio en callado beso las altas condiciones
que exige en su registro de trazos siderales
la mano que a los hombres transmigra en inmortales.

¡Salud, ensoñadores! ¡Salud, sacrificados!
os ama la República con honda gratitud...
¡os traigo los cantares más recios y enmielados
que tiene en sus dominios la reina Juventud!

la altiva enamorada del bien y el heroísmo
que os brinda sus olivas con terco fanatismo.

Tomad estas guirnaldas de firmes corazones
tejidas bajo un dombo de azul y de esplendor;
tomad la fe infinita que está en sus oraciones;
tomad las orgullosas estrofas de su amor;
tomad el arcoíris de mágica belleza
que trae para nimbaros las testas en grandeza.

Y ahora que han dejado mis labios y mis manos
la ofrenda milagrosa que os da la Patria ufana,
dormid sin inquietudes, titánicos hermanos;
creed en el presente, confiad en el mañana...
El alto sacrificio que hicisteis en otrora,
es ansia en nuestro pecho, perenne y salvadora.

Os damos juramento solemne de imitaros.
Si nuevos enemigos trasponen nuestras puertas,
iremos a vosotros... iremos a contaros
el gesto con que el águila meshica dejó muertas
las aves invasoras rasgando sus entrañas,
y cómo infatigables sus alas siempre abiertas
llevaron nuestra enseña por valles y montañas...
¡Gallardos gladiadores, habremos de igualaros!
¡Iremos a vosotros! ¡Iremos a aumentaros!

Los amores de los gatos

No sé qué de humano, de raro y hermoso
tienen los amores de los mansos gatos
cuando entre el reposo
de la noche, llena de misterios gratos,
se van persiguiendo con pasos callados
por las azoteas y por los tejados.

Yo por muchas veces, cuando ya metido
estoy en las mantas de mi pobre lecho,
muy bien les he oído
cómo se hablan dulce desde techo a techo;
parece que ensayan, con una voz llena
de suaves temblores, contarse su pena.

Parece que tienen las melancolías
de alguna de esas mujeres marchitas
que añoran los días
en que fueron bellas; que tienen las cuitas
de un poeta ciego que está enamorado
y lejos, muy lejos del objeto amado.

Sobre los pretilos y por los aleros
van unos tras otros con la cola en alto;
vivos y ligeros
se alcanzan o se huyen con rápido salto,
doblando y abriendo con piruetas plásticas
sus piernas robustas, delgadas y elásticas.

Cuando se perfilan contra de la rueda
de la luna llena, en los canalones,
su sombra remeda
la sombra alargada de fieros dragones
que al ir por los aires se inmovilizaran
y hacia los jardines y patios miraran.

Sus ojos redondos de viva fulgencia
burlan a la noche con graves miradas;
su fosforescencia
brilla con las luces firmes y quebradas
de ardientes carbones en la sombra hundidos
o de dos carbunclos en mancuerna uncidos.

Yo les he observado con terca atención
cómo se cortejan diciendo el pesar
de su tentación:

cuando empiezan ellos lentos a maullar,
ellas les contestan maullando también
cual si les dijese, animosas, “ven”...

Entonces se mira crecer poco a poco
la banda felina, que bajo la noche
da un concierto loco
de gritos que llevan el dulce reproche
de su carne esclava, que en larga abstinencia
ya siente las flechas de fiera exigencia.

Por fin ya están todos los gatos reunidos
en tropel hambriento... y entonces los celos
que estaban dormidos,
despiertan rabiosos... se erizan los pelos,
las colas se empinan, los ojos chispean,
los lomos con ira y con fiebre se arquean,

se esponjan los hilos del mostacho rico
como si se abriera el feble esqueleto
de un roto abanico;
se saltan las garras dispuestas al reto,
y amenazadores suenan los colmillos
como puntiagudos, filosos cuchillos...

Y comienza entonces la ruda pelea...
chocan y se muerden, ruedan y se arañan,
la sangre gotea,
con ella se manchan, con ella se bañan...
y el combate acaba cuando ya maltrechos
los vencidos huyen a lejanos techos.

Los bravos, los fuertes, los machos zahareños,
triunfantes y altivos alzan la cabeza;
ellos son los dueños
de las tiernas hembras por cuya guapeza
jugaron la vida con ardiente celo
bajo la indecisa claridad del cielo.

Por eso en arrimo de amores fogosos
les tocan las ancas redondas y hinchidas,
los flancos felposos;
les peinan el cuello con tibias lamidas,
les rascan el vientre acariciadores,
y ellos y ellas tiemblan con vagos temblores...

Mimosas y quietas consienten las gatas;
extienden el cuerpo cuanto largas son,
y, al aire las patas,
se dan deseosas a la dulce unción...

¡Multiforme ofrenda de eterna belleza
que exige egoísta la Naturaleza!

Al estar sumados parece que lloran;
que tristes se quejan con blando maullido;
que uno y otra imploran
como si se hubiesen pronto arrepentido
de darse violentos el brindis sabroso
que es a un mismo tiempo grato y doloroso.

Mas pronto desatan sus candentes lazos;
en rumbos contrarios, volteando a mirarse,
andan lentos pasos
y, corriendo, vuelven todos a alejarse,
hasta que se pierden entre los pretilos
de orillas melladas, sus largos perfiles...

Toma tu hoz, hermano

Toma tu hoz, hermano,
que ya el calor fecundo del verano
secó la gorda espiga de los trigos;
por fin colectaremos nuestro grano
después de tantas dudas y castigos.
Vayamos a la era,
y seguemos cantando;
en las lindes iremos hacinando
cada corte concluido,
y así, desde la angosta carretera
que baja en duro giro retorcido,
nuestro trigo sonoro
habrá de verse cual collar de oro
abierto y extendido
en la lírica paz de la pradera.
Dale gracias a Dios por su milagro
de mandarnos la lluvia fecundante
que dio jugos al agro
y confianza al espíritu anhelante.
Ya verás nuestras trojes hasta el techo,

y en las gratas veladas del hogar,
el gesto satisfecho
de nuestra buena madre al amasar
el pan restaurador, blanco y caliente,
y los leves buñuelos con canela
que tanto agradan a la dulce abuela
y al corro de pequeños, impaciente.
¡Tantas fanegas nos produjo el año,
que no sólo del hambre nos aleja!,
también lugar nos deja
para comprar alguna oveja
que rinda en la trasquila del rebaño
que tanto se ha mermado.
El viejo me pidió que le encargara
un cuchillo de monte cincelado,
y un sarape bien hecho, del Saltillo;
¡hay qué verle la cara
al llegarle el sarape y el cuchillo!
Además, compraremos otra yunta:
quiero ver *si me quedo* con el Hosco
y el Patol de don Nacho, el de San Juan;
ya los dos los conozco,
sé que estiran muy bien *de punta a punta*;
y voy a ver en cuánto me los dan.
¡Bendito sea el Señor, Sagrada Mano

que premia el bien y que castiga el mal!
Toma tu hoz, hermano,
y vamos a segar nuestro trigal...

Estoy en ti crucificado

Estoy en ti crucificado
por obra y gracia de mi amor;
y así, cual grano mal sembrado,
mi verso aborta, desforzado
por tu ardor.

Tu carne blanca y ambiciosa
cortó mi viaje de ascensión;
arrió mi fe su vela rosa,
y huyó mi alondra temerosa,
sin canción.

Aquel polífono contento
que ayer rimó mi juventud,
al verte fue deslumbramiento,
y es hoy tenaz recogimiento
sin quietud.

Mi bravo anhelo de grandeza
cual un eunuco ruega ya;

y al ver que pierde su fiereza,
pregunta triste mi pureza:
¿morirá?

Huir... ¿caer cuando la vida
empieza apenas a granar...?
¡Lograr la tierra prometida
y echar ceniza matricida
sin sembrar...!

¿Por qué cantar en elegía
debiendo hacerlo en madrigal?
¿Por qué cegar la fuente pía
si tiene yemas todavía
mi rosal?

Estoy en ti crucificado...
mas, ten los clavos con vigor;
mi propio cuerpo fatigado
pudiera ser el esperado
salvador.

Los toros en celo

Quema el sol vertical. Por la llanada
los boyeros conducen la vacada
al arroyo que baja de los cerros;

cornalones y bastos, van delante
con su tranco cansado
los dos bueyes que llevan los cencerros;

en la siesta calmosa y sofocante
los pintados becerros
se apretujan en medio del ganado;

y al chocar de las astas empinadas
y a los graves mugidos,
se confunden los gritos y silbidos
con que van los pastores
azuzando a las vacas retrasadas
y empuñando con bélicos ardores
sus livianas agujijadas.

En las diáfanas aguas del remanso
ya mitigan su sed los animales,
que con hilos de espumas y cristales
en los rojos hocicos, se desbandan

y, echados en las márgenes, demandan
el tranquilo descanso
y la grata frescura
que la sombra del soto les procura.

En el fuego pesado de la hora
hay dos toros celosos,
ambos bravos y briosos,
que buscan en amores una vaca:
uno es cárdeno, joven, de codicia,
con robusta cabeza retadora;

entre todos los otros se destaca
por su crespo morrillo que el sol dora,
por la dura altivez con que acaricia
con su cola de seda silbadora
sus costados nerviosos y triunfales,
y por ser sus dos cuernos dos puñales;
es el otro zaino,
de rizado testuz alto y sedoso;

caricorto, ligero, poderoso,
apretado de carnes, largo, fino,
con dos astas de hierro en media luna,
de pezuñas pequeñas, y con una
mancha blanca en la frente.

Mansa y quieta la hembra, junto a un tronco
los contempla con bíblica dulzura;
adivina el instinto prepotente,
y presiente el encuentro por el bronco
rebramar de los machos ardorosos,
cuyo celo agiganta su bravura
y los vuelve más ágiles y hermosos.

Uno y otro se acercan; ella huye;
la persiguen los dos; los dos la alcanzan...
temblorosa la vaca se escabulle...
y entonces uno al otro se abalanzan.

No es un choque de toros... de ciclones,
según el resoplar de sus bramidos,
el trágico pegar de sus pitones
en chispas y chasquidos,
el rápido tronar de sus pezuñas
clavándose en la tierra como cuñas,

la ira y el temblor de sus costados,
la curva de sus colas en tensión,
y el furor con que salen rebotados
cada vez que se quedan encornados
bufando, recelosos,
y viéndose con ojos espantosos
preñados de intención.

Ya la sangre, cual capa de torero
arrojada en el miedo de la huida,
empapa el muelle césped. Fue el primero
en herir el zaino: aprovechando
de su noble enemigo una caída,
lo cuerna fieramente por el pecho,
lo para casi en vilo, y reculando
lo lleva varios pasos... mas, rehecho
el bello cárdeno sangriento,
avanza torvo y lento,
levanta la cabeza,
y cobrando vigor desconocido,
indómito y mortal
se arroja con fiereza,
y al caer, cual un rayo, en su rival,
sepulta todo el cuerno enfurecido

en el centro lustroso
de su vientre rotundo y lujurioso.

Larga herida de grana y de coral
deja ver las entrañas del vencido,
pone hielo en sus ojos y en sus patas,
y lo hace rodar sobre las matas
exangüe y tembloroso.

El bruto victorioso
se ensaña en el caído;
y al verlo agonizando,
zahareño y retador lanza un mugido
que el eco va alargando
por toda la extensión de la sabana,
haciéndolo más dulce y más sonoro
la paz augusta bajo el sol de oro
que va cayendo en tarde virgiliana.

Hermanita, sé justa

Ven y mira, hermanita,
¡qué desnudos están nuestros manzanos!;
la escarcha y las ventiscas
los dejaron sin hojas,
y hoy elevan al cielo
sus ramas ateridas y reseca,
que al embate del cierzo se estremecen
y suenan como huesos de esqueleto.
¡Pobres árboles tristes! Nadie viene
a buscar su amistad y su regalo
porque ahora están faltos de la fruta
que tuvieron, ufanos, en estío.
Están como los hombres
que habiendo sido pródigos y grandes,
cuando les falta el esplendor y el oro
nadie los busca y nadie los conoce.
Mas, ya verás, mañana
cuando la tibia primavera llegue
y brinden nuevamente con sus frondas
blando susurro, sombras y descanso,

no faltará quién venga
a cosechar sus blancas florecillas,
y a coleccionar, cuando el verano acabe,
sus pomos nutritivos y lustrosos.
Así a los hombres otra vez con bienes
les sobran las visitas.
Hermanita, sé justa,
y mira a los manzanos y a los hombres
¡lo mismo en primavera que en invierno!

Es mentira que el tiempo cure amores

¡Es mentira que el tiempo cure amores
si el amor es tan hondo como el mío!
Hay estrellas ya muertas con fulgores,
como hay nidos que guardan los rumores
de las aves que huyeron por el frío.

Desde aquella mortal noche de enero
voy buscando el olvido inútilmente;
puse lava en mi cuerpo aventurero;
florece mi requiebro pordiosero,
pero va el corazón por ti doliente.

Ya no busco los triunfos que anhelaba.
Hoy no gozo de paz como contigo,
y si añoro el placer que vendimiaba
tu recuerdo es puñal que se me clava
donde quiera que estoy, como un castigo.

Cuando canto la danza que te gusta
se me llenan de lágrimas los ojos;
una tarde lo vio mi madre augusta,
y queriendo saber mi pena injusta,
como no sé mentir, la clavé abrojos.

¡Cuán diverso que soy de lo que fui!
¡Cómo tañe ya hendido el corazón!
¡Qué fatiga tan cruel dentro de mí!
¡Quién me diera los rezos que aprendí
cuando fue el silabario mi ilusión!

¿Nunca habrás de volver, amada mía?
¿Ya jamás besaré tu plenitud?
¡Si te espero en silencio todavía!
¡Si yo sé que sin ti vejecería!
¡Si no debo morir en juventud!

Sábado de Gloria

Sábado de Gloria...
suena la matraca;
es añil el cielo
y oro nuevo el sol.
La chiquillería
tumultuosamente
grita y salta y ríe,
pues ya por la mecha
sube pronto el fuego,
y en breves instantes
Judas tronará...

La mecha se acaba,
se acaba... se acaba...
Hay un solo grito,
una sola risa:
bailando en el aire
fantásticamente,
juntando las manos,
chocando las piernas,

inflando la panza,
entre humillos grises
y ruidos de pólvora
Judas reventó...
y los tunantuelos,
alzando la cara,
aplauden y brincan
con gozo y pasión.

Sábado de Gloria;
suena la matraca;
es añil el cielo
y oro nuevo el sol.

Mientras Judas arde
yo miro los niños
y me causa envidia
su garrulería:
yo también quisiera
tener un clemente
Sábado de Gloria
en el que colgara
mi Judas maligno,
este amor amargo
que se alonga en vano

y pregunta triste
por la ausente rubia...
Yo también quisiera
justiciar mi Judas;
que mis optimismos
fuesen los gandules,
y la mecha fuera
cualquier nuevo amor.

Sábado de Gloria;
suena la matraca;
es añil el cielo
y oro nuevo el sol.

Mira de cuando en cuando las estrellas

Siempre que tengas dudas o tristeza,
o sientas en tu espíritu pereza,
deja llegar la noche, y silencioso
ponte a ver las estrellas;

míralas con unción, devotamente,
y bajará de ellas
en ritmo majestuoso
un lírico y clemente
consejo de esperanza,
blando y letal reposo,
y un soplo de fervor y de templanza.

Si es que te sientes solo, sin amores,
ponte a ver las estrellas;
mira con mansedumbre sus fulgores;

diles con alma y ojos tus querellas,
y a ti descenderá, hondo y humano,

un cariño de hermano
que curará tus íntimos dolores.

Si tienes faltas de altivez injusta,
horas de vanidad,
alza entonces la cara a las estrellas,
que encontrarás en ellas
una tierna pureza tan augusta
y tal serenidad,
que advertirás tu cómica grandeza,
y humillarás contrito tu fiereza
y tu impiedad,
sensible a la infinita maravilla
y a la forma sencilla
con que llenan la obscura eternidad.

Mira de cuando en cuando las estrellas;
son tan blancas y bellas,
que sólo con mirarlas sentirá
un anhelo de bien tu corazón,
tu labio inventará
una fácil canción,
y tu pie peregrino
hallará menos áspero el camino.

Mira de cuando en cuando las estrellas...

Bucólica

¡Oh bien espiritual, vida sencilla
que brinda el campo a quien su paz procura!

¡Oh agrestes montes, plácida llanura,
huellas de Dios y eterna maravilla
de su frágil criatura!

¡Oh Madre Tierra, vientre infatigable,
doblo con mansedumbre la rodilla
para oír más de cerca el inefable
ritmo de tu canción,
y para que recoja plenamente
el soplo de tu amor dulce y clemente
mi lastimado corazón!

Vengo a curarme el tedio y la fatiga
que en el vaivén de la ciudad contraje;
allá do cada paso es abordaje
y toda puerta ciérrase enemiga.

Vengo a buscar en ti, campo florido,
el almo ensoñar ido
de aquellos años en que fui dichoso,
aquel cariño al bien que yo tenía,

aquel pudor sincero y temeroso,
la erecta fe de la conciencia mía,
y aquel ímpetu brioso
con que en todo vencía.

Dame el fresco deleite de tus albas
que te visten de brumas verde-malvas.
Déjame regalarme con la hora
en que calla la alondra anunciadora;
ver cuan soberbio y vivo y prepotente
el sol deja los brazos de la aurora,
tira sobre el Oriente
su túnica de púrpura y de grana,
y emprende su carrera
regando de oros nuevos la mañana,
en tanto que acá abajo, los labriegos
dispersos por la era
y al aire el ancha mano sembradora,
confunden sus canciones y sus ruegos
pidiendo que la tierra salvadora
replete sus trojales en verano
por darles cien espigas cada grano.

Quiero mirar cuál brilla y se estremece
la gran llanada verde y rumorosa

partida en dos mitades por el río;
qué airosamente mece
el alto girasol color de rosa
tirando sus diamantes de rocío;
y cómo va rodando refulgente
la plata del torrente
largo y frío.

¡Qué grande y qué solemne la montaña!
allí desde la mísera alimaña
que muere entre las patas de la araña
hasta el recto oyamel que se agiganta
desafiando las nubes tempestuosas,
todo vibra y responde, todo canta;
los seres y las cosas
son voces de una exacta sinfonía
que suena vigorosa con el día,
y dice blandamente sus querellas
al trémulo fulgor de las estrellas.
Las recias y simbólicas encinas,
los rudos pingüicales intrincados,
los pinos productores de resinas,
el rojizo madroño retorcido,
el mudo abismo sólo conocido
por el águila audaz

y el hirsuto plantígrado voraz,
el abra siempre obscura
donde el trueno retumba fragoroso,
la cúspide inmortal en que orgulloso
y ebrio de las lumbres de la altura
el cóndor ha construido
el fácil telescopio de su nido,
todo lo que hay en ella es un acento,
una rima sumada en el concento
de su arcano latido.

Quiero vivir contento y sin temores
bajo el rústico techo
que alberga a los castísimos pastores;
tener por grato lecho
los cueros sin curtir de la majada;
alzarme con la fresca madrugada
y ayudar a ordeñar en los corrales
mientras balan con lánguidos temblores
los tiernos recentales;
sentarme por la noche junto al fuego
y beber leche tibia y espumosa,
comer el queso fresco, y saber luego
la historia de una hazaña peligrosa,
así como el topar con los bandidos,

cruzar a media noche por el *puerto*
donde vagan fantasmas y hay quejidos
por las deudas pendientes de algún muerto...
o bien la dura muerte del coyote,
o el duelo repentino entre un mogote
librado por un oso carnicero
y un atlético hachero.

He de llevar también el amor mío
al pacífico y bajo chocerío
donde moran los mansos segadores,
los bastos carreteros maldicientes,
los crédulos boyeros silbadores,
y el viejo caporal, chalán cansado
que allá en sus años mozos y valientes
era bello centauro desfrenado.
Cuidaré su amistad, como si fuera
un valioso tesoro,
para ver sus guadañas relucientes
abatir el trigal rubio y sonoro;
para oír en la paz de la pradera
el chirriante rodar de sus carretas;
para dar a mi verso la frescura
y las ansias secretas
del melódico canto prolongado

con que tornan al rancho los vaqueros
juntando por la paz de los potreros
el ganado,
y para que florezca el alma mía
con la noble ventura
de aquesta gente pura
que no conoce al mundo todavía.

Dame calma y vigor, ¡oh campo ameno!
para que resucite mi ilusión;
déjame oír de nuevo al Nazareno
que mientras fui pequeño me decía
que fuera humilde y bueno;
y haz que toda la luz y la alegría
de tu infinita vibración,
vuelvan eterno día
mi purificación.

Graciela, pastora mía

Graciela, pastora mía,
clarea ya la alborada,
y elevan en la enramada
las aves su sinfonía.
No tarda en dorar el día;
el prado baraja olores,
y corre toda rumores
la fuente fecunda y fría.
Pues amas tanto las flores
de los duraznos tempranos,
vayamos al huerto ufanos,
habré por ti las mejores,
y luego serán mis manos
minúscula primavera
que tiña en fresa ligera
tus blancos senos lozanos,
y estrelle con trazos bellos
en varia y dulce manera
la noche de tus cabellos.

La parábola del panal

Mi cuerpo es un árbol temprano
de verde follaje,
aislado en el centro de un llano,
que imita un cordaje
sonando con varios acentos
según son los vientos.

El sol es mi amigo.
La alondra cantora
se para en mi copa bullente,
y abriendo las alas ferviente,
eleva conmigo
un salmo a la aurora.

Soy tregua en el duro camino:
a nadie me niego;
aquel peregrino
que viene cansado,
encuentra merced
tumbando el cayado

y echándose luego,
pues, sombra le doy tan amena,
que aplaco su sed
y amenguo del viaje la pena.

Son rudas y pocas mis flores.
No tienen olores.

Mas guarda mi tronco en su seno
un claro panal siempre lleno.

Las leves abejas vibrantes
se van por el prado
sonoro y soleado
en rápidos giros cambiantes,
y así que han libado
visítanme fieles
dejando sus mieles.

Si acaso algún día
marchito termino,
o acero asesino
me rueda por tierra,
será dicha mía
que vengan los hombres y adentren

buscando qué encierra
mi buen corazón;
que busquen y encuentren,
pues quiero que sirva mi don,
mi bien fraternal,
mi dulce tesoro
mejor que su oro,
mi claro panal.

Quietud

Hondo silencio de la tibia noche;
nada se mueve en la extensión dormida;
parece que la vida
después de hacer un máximo derroche
de acento y de color durante el día,
dejó su excelsa rima interrumpida
apenas se acabó la luz postrera
que fue velando en grises la pradera
y huyó desvanecida
detrás de la lejana serranía.

Ni leda brisa ni rumor perdido,
ni moble rama ni trinar de ave;
monástica quietud solemne y grave
ahonda la impresión de la negrura,
y vuelve más simbólica y más pura
la luz de las estrellas temblorosas
que abiertas como rosas
revelan el poder incomprensido
que cuida de los seres y las cosas
y en todo está latente y repartido.

Se siente el cuerpo miserable y vano,
y el alma eleva majestuoso vuelo;
palpita el corazón con un anhelo
enérgico y arcano
de hallar la perfección,
y son más incisivas y elocuentes
las voces interiores,
que juzgan los errores
y piden exigentes
más actos de bondad y donación.

Ni leda brisa ni rumor perdido,
ni moble rama ni trinar de ave...
pero en la dulce y diminuta clave
del frágil corazón estremecido,
hay un concierto resonante y grave,
y dice la conciencia consejera
que amar el bien es la mejor manera
de ser feliz y de vivir querido.

Señor San Antonio

Señor San Antonio,
retira el demonio
del cuerpo de Juana,
la eterna soltera
que vive llorando
su vida inhumana;
la pobre ranchera
que sigue esperando
que alguno la quiera,
y ya desespera.
Jamás la cortejan
por bizca y por coja;
si va por la calle
los hombres se alejan
sin ver la congoja
mortal que le dejan...
¿Qué más que su talle
parezca de flor?;
¿qué más que su seno
sea núbil y pleno?;

jamás un amor
verídico y bueno
ha ido en su busca.
Los recios pastores,
que saben que es pura,
a veces la abrazan
con ansia tan brusca,
que sólo deslazan
su oblicua cintura
al ver sus furores
y así que les hiere
con uñas y dientes,
pues, aunque se muere,
ella no les quiere
con hambres de vicio,
y espera que el Cura
y el Juez, redentores,
sellen sus amores
con rezos y flores
y papel de oficio.

Señor San Antonio,
retira el demonio
del cuerpo de Juana.
Apenas nochece,

su roja ventana
sin reja parece
un ojo que guiña
buscando al que viene
del ancha campiña...
mas nadie detiene
por ella su paso,
y el diario fracaso
ya deja en la sola
huraño deseo
que causa mareo
cual una corola
de olor venenoso.

¿Qué culpa hay en Juana
de ser coja y bizca?;
¡su padre fue hermoso,
su madre fue sana!
¿Por qué la volvieron
los hombres arisca
negándole el vino
vital del amor?;
apenas la vieron
crecida, y quisieron
torcer su camino

creyendo que fuera
su injusta cojera
razón de impudor...
¡Mas siempre huyó casta!

Señor San Antonio,
retira el demonio
del cuerpo de Juana;
ya es tiempo, ya basta...
¿no ves como tienta
su carne lozana?;
¿no ves qué fulgor
enciende en sus ojos?;
¿no ves cuán sedienta se
llena de enojos
y largo temblor?
Permite que alguno
la quiera de esposa;
que acabe su ayuno,
que muerda gustosa
la dulce manzana...

Señor San Antonio,
retira el demonio
del cuerpo de Juana.

Tras las tardas carretas

Tras las tardas carretas rechinantes
atestadas de espigas musicales,
ya regresan en grupos fraternales
los labriegos de hoces coruscantes.

Alguien canta con voces querellantes
melodiosas estrofas regionales;
suena sedas la brisa en los trigales,
y en las lindes hay tórtolas amantes.

Por la era dorada y olorosa
flota vaga penumbra que pondera
el cantar melancólico y pausado;

llama lejos esquila religiosa;
y en la dulce quietud de la pradera
brilla un blanco lucero anticipado.

Tú bien sabes amada

Cuando la noche tienda en maravilla
sus negros terciopelos constelados;
cuando ya duerma tu ciudad sencilla
quedando sólo acentos apagados
y en ti resuene despertando agravios
algún eco remoto
de aquellos tiempos gratos y añorados
de nuestro ensueño roto,
no me digan tus labios
ningún reproche cruel;
si es verdad que no pude hacerte mía,
tú bien sabes que fue mi vivo anhelo
conducirte en mi vuelo
hacia el bosque feraz de la Harmonía,
para tornarte en él,
con el soplo fecundo de mi amor,
en una dulce diosa
que siempre me salvara milagrosa
de las serpientes torvas del Dolor.

Tú bien sabes, amada,
que, cual de viejo arcón lleno de oros,
te di la llave a todas denegada
de mi tremante corazón,
para que te vistieras sus tesoros
en nuestro viaje de ilusión.
Como buenos hermanos
avanzamos cogidos de las manos
por el claro camino en primavera;
nuestro cántico era
una diana de triunfo y de esperanza,
y en la tibia mañana rumorosa
tú cobrabas perfiles de alma esposa,
y era un arco de luz la lontananza.
Mas, venciendo un recodo del camino,
encontramos, radiante, a la Verdad;
algo dijo a mi oído su bondad,
y cambió mi destino...
¿Vas acaso a culparme, amiga mía?
¡Si jamás he dejado de quererte!
Llevo lutos y brumas por no verte,
porque tú eres el sol y soy yo el día.
Cuando a solas recuerdes mis amores
y mi nombre te punce como espina,
no me tengas rencores,

pues con ellos mi *prora* peregrina
vagaría sin remos y sin puerto
arrastrando por mar embravecida
un zentzontle sin voz: mi ensueño muerto,
y una ciega sin párpados: mi vida.
Sé cristiana conmigo,
y levanta el castigo
que me dan mi recuerdo y tus enojos;
vé que yo te bendigo
y que nunca te borras de mis ojos.

Ya retorna el rebaño

Ya retorna el rebaño a los corrales
seguido del pastor;
el mastín va con ojo vigilante
husmeando los vientos de la loma
donde el lobo pasó.
Hoy no suena la danza cadenciosa
del cabrero viril,
pues no tarda tronante la tormenta,
es un solo relámpago el confín,
y parece que va por la pradera
cosechando la Muerte, según marchan
en tropel espantado las ovejas,
apretándose mudas
y clavando en la hierba desdeñada
las puntales pezuñas.
Una oveja parida, la más bella,
la de tibias vedijas, la más blanca,
no volvió con sus tiernas compañeras:
se quedó bajo el techo de unas zarzas
esperando que torne el recental

que en la tarde perdió...

¡Cómo lanza doliente su balido,
más tenaz por la pronta tempestad!

¡Cómo busca al incauto corderito,
al hijo de su amor!

Cuando el rojo relámpago ilumina
ella esconde el hocico entre las manos
temblando pavorida,

sin cesar de balar con honda pena;
mas tan sólo contesta un eco vago
en la fúnebre sombra su querella...

¿Quién ha visto al cordero?; ¿cómo huyó?;
¿dónde llora también su desventura?;
¿volverá cuando nazca el nuevo sol?

En la loma cercana el lobo aúlla,
y detrás de una roca oblicua y negra
una mancha de sangre se reseca...

Florina, conciencia ten

Florina, lechera bella,
apiádate de Tristán;
¿no miras su triste afán?,
¿por qué burlar su querella?
Así que son sus ovejas
guardadas en los corrales
te llama con sonos tales
su flauta llena de quejas,
que sólo tú, por ingrata,
no sabes de su ternura,
pues todos ven la amargura
del ansia que ya le mata.
¿Por qué con tan cruel desdén
atizas su viejo amor?
¡Si fueras la del ardor!
Florina, conciencia ten;
recuerda que nadie está
seguro de no querer;
por él es hoy el caer,
mañana por ti quizá...

Y Dios me castigó, pues no la olvido

Diciembre ¡Qué tristeza! Bruma y frío.
Los árboles desnudos tiemblan, crujen.
No hay aves en los nidos... sopla el cierzo,
y el cielo es una sombra con ceniza.
La tarde va acabando desolada,
y yo, por los suburbios silenciosos,
camino paso a paso, pensativo,
llevando sobre el pecho derrotado
clavadas las mil dagas del recuerdo.

Mi breve corazón, que fue campana,
hoy es un ataúd en el que guardo
el dulce amanecer de sus miradas,
el propio olor de rosas que exhalaban
su seno virginal y sus cabellos,
la música sencilla de su voz,
el nudo palpitante de sus brazos,
la seda transparente de sus manos,
y aquel temblor caliente y angustiado

que siempre había en sus besos infinitos.
¡Qué malo y cuán injusto fui con ella!
¡Me quiso largamente y yo dudaba;
me dio su rendimiento... y me asusté!

Cobarde como un ciego entre la noche,
dejé que en un Diciembre, bruma y frío,
se fuera, ¡pobrecita golondrina!,
en busca de otro alero en que anidar.
Y Dios me castigó, pues no la olvido:
yo sé que ya no me ama, que está lejos,
y a cada rato pasa junto a mí,
me mira, me pregunta, me sonrío,
me riñe, me aconseja, me encamina...
y es tanta su ternura y tal su gracia,
que es vana la ansiedad con que procuro
curarme de este amor con otro amor.

Por eso en ocasiones me substraigo
del ruido de los hombres y las cosas,
y así que ya la tarde va acabando,
ambulo entre la paz de los suburbios
llevando sobre el pecho derrotado
clavadas las mil dagas del recuerdo.

Ven, mi Cloris, ya es hora

Ya la aurora derrota la penumbra
de la cálida noche constelada,
y las muelles alondras la saludan
con trinos y con alas.

Ven, mi Cloris, ya es hora: en los corrales
llenaremos los odres dilatados
con la leche espumosa y abundante
que rinde nuestro hato.

Con tus manos de madre y tus halagos
tú pondrás a mamar los corderillos
que por tiernos demandan tus cuidados
y son tus preferidos.

Yo después llevaré con mi zampona
al inquieto rebaño balador
a pacer en la yerba más jugosa
y fácil al pezón.

Quedarás en la choza, junto al fuego,
fabricándome quesos nutritivos;
y después de la siesta, tu recreo
tendrás mimando al hijo
que nos dio nuestro amor, y que te dejo
a que aprenda primero paso y nombre;
ya después yo lo haré tan firme y bello
y sano como un roble.

Lavarás mi pechera de gamuza
en la margen sombrosa del arroyo,
cuyas ondas serán a tu hermosura
espejo tembloroso,

y por pago tendrás, entretejidas
en tu trenza pesada, por mis manos,
las humildes y tiernas florecitas
que visten hoy el prado.

Y al caer de la tarde, cuando vuelva
con mis blancos corderos, como siempre
correrás a encontrarme pronta y buena
al verme desde el puente.

Ya que hayamos trancado los corrales,
al yantar con unción ante la lumbre,
como tregua a mi oficio y tus afanes,
diré, Cloris, cuál surgen

de mi flauta los sonos más rendidos
suspirando por ti, cuando en el campo
me haces falta y te llamo y nunca miro
calmado mi quebranto.

Y después, cuando estés entre mis brazos
salmodiando a mi amor con tus ternezas,
mirarán nuestros besos prolongados
las trémulas estrellas...

Señor, haz que mi carne

Señor, haz que mi carne
se canse pronto y que me deje en paz.
Señor, es una loba;
le doy, y siempre hambrienta pide más.

Es torpe y brava y cruel:
me está diciendo sin cesar que debo
llevar por todas partes
mis años mozos tras un gusto nuevo;

y ya no quiero ir...
me amarga mucho su brutal placer;
¿qué más ha de enseñarme
si ya sé de memoria la mujer?

Señor, quita su gula,
que va dejando en mísera impotencia
al noble y alto espíritu,
cobardemente oculto en la conciencia.

Concédeme templanza,
que yo daré medida a la voraz.
Señor, torna la loba
en un lebrel atado, pero audaz.

Ayúdame a ser bueno
con dar tan sólo cuando deba dar;
conserva mi tesoro,
mas no me dejes, no, dilapidar.

Alborada

Es la hora del alba. Dulcemente
las estrellas se van desdibujando;
la neblina sutil, delicuescente,
que la noche tendió por la llanada,
va cambiándose en tinte claroscuro
en que todo perfil se va marcando
cada vez más preciso y más seguro,
y en que aguarda la tierra, palpitando
con urgencia callada
por el fuego vital,
como el vientre virgíneo de una amada
en el brindis nupcial.

Todo vuelve a la vida:
la infinita sabana entumecida
tiene un vago rumor en que parece
que platica en voz baja el herbazal;
cada hoja que mece
tira clara gotita de rocío
que semeja minúsculo cristal;

en la orilla del campo labrantío
las rojas amapolas
cabecean juntando sus corolas,
y más lejos, alzando en el paraje
su blancura triunfal,
se abre el lirio salvaje
entre verdes y largas espadillas,
y el ácido toloache presuntuoso
empina su alcatraz hondo y felposo,
señor de las moradas maravillas.

En los anchos corrales mal cerrados
de la gris ranchería,
entre secos alazos prolongados
ya los gallos presienten la mañana,
y saludan al sol diciendo diana
con su alegre y tenaz trompetería.

El labriego viril, dejando el lecho,
ya prepara los yugos,
descuelga las coyundas engrasadas
y escoge la mejor de sus aguijadas,
pues hoy es el comienzo del barbecho,
en las eras hay plétora de jugos,
ya tienen filo nuevo los arados,

y es tiempo de empezar con la sencilla
canción de la cuchilla
que irá rompiendo recia y amorosa
la gleba crepitante y aromosa
abierta en surcos largos y sagrados.

De la estrecha hondonada
donde baja a pastar la caballada
se levanta un vapor, cual blanco velo,
con que, todo temblor, el arroyuelo
se cobija al llegar la madrugada.

En la verde y torcida serranía
ensordece la brava gritería
de los torpes, pintados guacamayos;
cada nido es un himno; toda cosa
tiene dulce palabra religiosa
en el salmo de amor alzado al día;
y los vívidos rayos
con que el sol inmortal llena de lumbres
los riscales agudos de las cumbres,
encuentran al hachero corpulento
que joven y contento
subió por el breñal de las laderas,
y al golpe cadencioso

de su acero mortal está abatiendo
un encino glorioso
ceñido al grueso pie de enredaderas,
que a cada tajo lanza un ruido seco
doblado por el eco
que salta y choca y rueda con estruendo
allá por las profundas torrenteras.

Por fin la fresca tierra se colora
con el oro que extiende la mañana
En el cielo de añil no hay una nube;
y en el dulce misterio de la hora,
es más hondo el tañer de la campana
que tiembla y vaga y sube,
invitando a los férvidos rancheros
a rezar la plegaria cotidiana
en que piden a Dios con fe cristiana
que sobre sus graneros.

La sequía

Van meses y meses de dura sequía;
el sol implacable quemó la llanada;
la presa de arriba se quedó vacía,
y apenas si fluye la vega cansada.

Los plácidos huertos
poblados de nidos
que tanto aromaban
las noches del rancho, quedaron desiertos,
perdidos.

Los negros nogales que siempre colmaban
las cestas de mimbre de nueces sabrosas,
hoy tiran sin fuerza sus frutos podridos.

Al pie de las bardas las yerbas polvosas
se doblan roñosas.

Los pobres labriegos por fin emigraron...
tan sólo quedaron
los niños, los viejos,

unos cuantos mozos,
y madres canijas de rostros rugosos
que esperan la vuelta de los que andan lejos.

Las trojes abiertas no tienen semillas.
Las cuatro cabrillas
del ható, por falta de pasto y aljibe,
son cuernos, quijadas, costillas.

Se vive
por esa infinita cordial esperanza
que impele al Señor,
la fuerza que alcanza
quien sabe de andrajos, de hambre y dolor.

Ardiente y estéril cual una ramera,
la gris sementera
se harta de sol;
no tiene una caña de un mísero trigo,
no tiene una vaina de un verde frijol;
y es duro castigo
su viejo camino
pedroso,
que pasa tortuoso
detrás del inmóvil molino.

A veces el cielo comienza a nublarse...
allá en lontananza, muy lejos, muy lejos,
se ven los reflejos
del rayo continuo de recia tormenta,
redoblan rodando las erres del trueno,
las nubes se acercan, se aprietan, parece
que va a desatarse
jocunda y violenta
la lluvia que empape la tierra sedienta
llenando su seno,
y entonces el rito aparece:
ancianos, pequeños, mujeres, labriegos
se juntan, colocan en andas un santo,
se van por el campo, que sabe sus ansias,
y en varias estancias,
al Dios de los buenos dirigen sus ruegos,
le piden que acabe su largo quebranto,
y alzando la imagen, el grupo le reza
con alma sencilla
doblando ferviente la débil rodilla.

Mas... todo es inútil... allá en lontananza
el trueno se calla, la tormenta cesa,
se ahoga en el pecho la dulce esperanza,
y los campesinos, torvos y burlados,

vuelven a sus chozas con pasos cansados,
comprendiendo cuánto
pesa más el santo
sordo a sus demandas,
que los toscos palos de las cortas andas.

Y así van viviendo los pobres hermanos...
¡con hambre y dolor!

¡Señor, que tus manos
les hagan favor!

Alabanza del dolor

Como al ganar la altura
el peregrino párase cansado,
y mira la llanura
pedrosa que ha cruzado,
yo estoy de pie y contemplo mi pasado.

En la batalla cruda,
de mezquindades tantas protector,
¡qué bien que nos ayuda
saber en su valor
el don excelso y claro del Dolor!

Él da las siete llaves
de la quietud fructuosa de la vida.
Él es quien da las claves
del alma estremecida,
volviéndola más noble a cada herida.

Si en el Dolor dudamos,
tras el Dolor asimos la esperanza;
y siempre que lloramos,
tenemos más templanza,
y evita todo error nuestra balanza.

De la injusticia humana,
como del vil carbón sale el diamante,
saqué para mañana
el ánimo constante
de ser gesto humilde y no arrogante,

de prodigar bondades
aunque a las veces pierda mis semillas;
y ver en las verdades,
¡el Sol es florecillas!,
las fuerzas más profundas y sencillas.

Por el Dolor yo llevo
impenetrable cota en vez de espada,
¡y este vestido nuevo
es cosa tan preciada
que sólo hasta al morir será dejada!

Serenidad fecunda
que resplandeces tras el agrio duelo;
en ti, Dolor, se funda
mi frágil pie en el suelo,
y el ala de mi fe que busca el cielo.

Poema de octubre

Llegaron los cierzos de octubre.
Sonora hojarasca de álamos
tapiza el asfalto.
El sol mortecino cayó
dorando con brillos de paja
las ramas desnudas,
y ahora neblinas humosas
difuman las líneas
y escurren las gotas que lloran
los hilos que pautan
la T de los postes.
Los pájaros vuelan mojados.
Y a todo lo largo
de mi bulevar,
se va deteniendo el tranvía,
los vidrios opacos del vaho,
dejando empleaditas
que bajan aprisa,
friolentas,
no obstante el manguillo de pieles

y el recto chaleco
que van a pagar en abonos.
Mi criada quería
templar nuestra sala con gas;
mas yo preferí un tronco grueso
de encino,
pues quiero pasar la velada
sentado a la boca
de la chimenea,
atando recuerdos
de cosas queridas.
¡Qué bien arde el tronco!
A veces crepita
lanzando estrellitas de oro.
que rayan la sombra;
y una llama baila
pintando con ámbar voluble
los muebles inciertos
y el disco del péndulo.
Afuera, ¡Dios mío!,
los niños que no tienen madre,
los canes sin dueño,
los nidos...
¡Qué grato el amor de la lumbre!
¡Y cuántos recuerdos!

Hazla santa, Jesús

¡Oh divino Jesús, tú que sufriste
sangrando a cada paso en los senderos
que llevan al Señor,
mira cómo me encuentro, pobre y triste,
clamando con acentos lastimeros
por culpa de un amor!

¡Tú que fuiste maestro de humildades;
que a todo el que tus prédicas oía
le dabas fuerza y luz,
haz que pague con creces mis maldades,
y obligame a llevar sin rebeldía
el peso de mi cruz!

Bien merezco llorar en desventura,
pues nadie fue culpable sino yo
de su desilusión:
sumisa y virginal, toda ternura,
fue lira que en mis manos resonó
con varia vibración.

Era un rayo de sol... bella y virtuosa;
curvada y palpitante como un río;
fanática del bien;
un ensueño hecho carne milagrosa
donde ancló su barquilla el amor mío
tras frívolo vaivén.

Tú bien sabes, Jesús, que repentino
zarpé cual un pirata en noche oscura
haciéndome a la mar.
¡Si yo hubiera sabido mi destino!
Soy pirata en galera bronca y dura;
no ceso de remar.

Ella, en cambio, es novicia de un convento.
Serena y dadivosa gana el Cielo,
y huele a santidad;
supo ya de mi cruel remordimiento,
y le pide a la Virgen, toda anhelo,
perdón por mi impiedad.

¡Quién me diera a besar, para salvarme,
la orla de su túnica corriente!
¡Pedirle de rodillas
la gracia maternal de persignarme

poniéndome sus manos en la frente,
ahusadas y sencillas!

¡Pero ya nunca más habré de verla!...
Vagará por el claustro, blanca y pía,
hecha meditación,
y es inútil mi angustia por tenerla,
pues, al paso que va, será algún día
Sor Dulce Perfección.

Hazla santa, Jesús, yo te lo pido,
por las madres que gimen, como aquélla
en el pie de tu Cruz;
por las lágrimas, todas, que han caído;
por los huesos del mundo, sé con ella...
¡hazla santa, Jesús!

Bardas de adobe

Grises tapiales que guardáis las huertas;
bardas de adobe que escalé de niño;
paredes sin aliño
como viejas aldeanas,
de yedra modestísima cubiertas,
¿dónde está mi niñez?, ¿dónde los días
en que iba con otros compañeros
a robarme las pálidas manzanas,
las peras y las nueces,
los dulces chabacanos perfumados,
todo un grato botín en los sombreros
que muchas tristes veces,
al oír unos pasos apagados,
en mudas y revueltas cobardías
volcaba nuestra mano
para huir más ligeros
de la honda del bárbaro hortelano?

¡Oh vetustos bardales
copiados en los lípidos cristales
de la acequia interior,
cuyos bordes llenaban de color
las dalias, y *perritos* y *zempoales*.

Carrizales de claros arroyitos
cuyos largos cañutos nos servían
para hacer nuestros pitos.

¡Oh cristianos placeres
que mis ojos absortos recogían
al ver a las mujeres,
vestidas con sus rojos zagalejos,
vaciar en los petates
sus anchos y ventrudos canastones
de duros duraznitos y tomates,
que luego el Sol transforma en orejones,
más buenos y más viejos!

¡Y aquel doblar los brazos de las parras
buscando algún racimo ya maduro!;
¡hallarlo... y detenerse temeroso,
brincando el corazón en agonía,
creyendo que el cantar de las cigarras

o el viento quejumbroso
acusan nuestra fútil pillería
y llaman como voces de conjuro
al perro *golondrino*
que viene ya a cortarnos el camino!

¡Qué lejos aquel tiempo venturoso!
¡Cuán otra aquesta vida
tan falta de reposo,
tan perdida,
tan hecha de pequeños heroismos
y diarios egoismos!

Vosotras valéis más,
¡oh paredes de adobe!,
que mi vida cansada;
las tapias de mi fe no guardan nada;
no temo que alguien robe,
pues, ¿quién sería el audaz
que brincara la cerca mal parada
y quisiera cortar
los cardos de mi lóbrego solar?

Oh tapias que encerráis frutos y flores,
bardales sin aliño,
dejad que trepen bravos los mocillos
al hurto de manzanas y membrillos;
después os pagarán, cuando mayores,
con el oro mejor de su cariño!

Suene, suene el minúsculo tambor

Suenen flautas y pífanos, pastor;
blandamente redoble el tamboril;
que al divino milagro del amor
tengo el alma en abril.

Si hay quien toque el rabel, que forme coro
y lo pulse con muelle melodía,
porque voy a cantar a la que adoro
esta dulce poesía.

Eres gracia en capullo de alborada;
tinajita de miel; sol en invierno;
quejumbrosa torcaz enamorada,
la de arrullo más tierno.

Cual varita de magia, tu cariño
aligera las sendas de mi vida,
y me vuelve a la paz de cuando niño,
¡tan pura y tan querida!

¿Quién mejor para ser mi fiel esposa?
La soñé como tú: bella y prudente,
de fecunda bondad, siempre animosa,
mía, casta, creyente.

Ven y mira el placer de mis pastores,
que ya tejen por ti su fácil danza;
ágil son en que riman trovadores
tu amor y mi esperanza.

Y, pues eres vibrante primavera
según vive y florece lo que tocas,
ven y toca sus hatos, su pradera,
sus cauces y sus rocas,

el corpiño y la fe de sus mocillas,
su caldero y su amor junto del fuego,
y sus líricas pláticas sencillas,
sinceras cual un ruego.

Por su don de inocencia y armonía,
según eres conmigo sé con ellos;
baila y canta formando compañía
con los mozos más bellos.

Suene, suene el minúsculo tambor,
y prosiga la danza pastoril;
que al divino milagro de tu amor
tengo el alma en abril.

Mamacita, mamá

Mamacita, mamá, ya soy hombre,
pero busco tu amor como un niño;
cuando sufro pronuncio tu nombre;
¡qué dulce y qué bueno, mamá, tu cariño!

Todo es vana mentira en la tierra.
Todo es sombra de sombra fugaz.
Quien más hurga y ahonda, más yerra;
tan sólo una madre no engaña jamás.

Por el agrio camino del mundo
¡qué brutal y qué injusto el dolor!
¡Cuántas veces caí gemebundo!
Y ¡cómo, rendido, clamé con temblor!

Olvidé las plegarias sencillas
que temprano me hiciste aprender;
y si acaso caí de rodillas,
mi amor no fue Cristo, fue amor de mujer.

He crecido, mamá, pero sigo
como ayer, susceptible y medroso,
cuando tú me acostabas contigo
contándome el cuento del Príncipe Hermoso.

Hoy estoy desterrado, deshecho...
Tuve honores que el viento arrastró...
Todo el bien que me queda es tu pecho,
y sé que está triste porque faltó yo.

Hasta el lar familiar, nuestro nido,
donde están nuestras parras añosas,
ha quedado, con otros, perdido,
y ya nadie bruñe, como tú, las losas.

Mas, ¿qué importa sufrir y ser pobre
si tú vives aún, madre mía?
Entre tanto la muerte no cobre
tú alumbras mi noche tornándola en día.

Volveré con las lunas de enero,
cuando el pueblo se viste de gris;
y otra vez me dará tu brasero
buñuelos melados y bollos de anís.

Y allí mismo en la humilde cocina
tenderás tu mantel deshilado,
sacarás tu vajilla de China
y el juego de vasos con filo dorado;

y al estar junto a ti, mamacita,
aunque a veces soy grave y señor,
ya verás que la ausencia y la cuita
devuelven tu niño que busca tu amor.

Sepia marina

Allí donde las olas acaban suavemente
abriendo sus encajes de espuma y de cristal,
quedó varado ha mucho, la *prora* hacia el Poniente,
el casco de un velero que echara el vendaval.

Jamás se supo dónde ni cuándo la tormenta
rompió con furia de hachas el bello bergantín,
ni cuántos infelices tragó la mar hambrienta,
moviendo sus mil bocas en trágico festín.

¡Inútil el arrojo de la marinería!
¡En vano ejemplo y mando del firme Capitán!
La cólera del cielo llenó de noche el día,
y abrió los viejos odres vaciando el huracán.

Rompiéronse las jarcias; volaron las antenas;
un golpe echó en el agua la borda de estribor,
las olas se llevaron obenques y cadenas;
el palo de mesana cayó sobre babor...

Las velas, salvavidas, escalas, cabos, drizas,
revueltos en cubierta los arrastró el ciclón,
y, súbito, el trinquete tronchoso haciendo trizas
la brújula ya loca y la rueda del timón.

¿Qué fue de los forzudos, viriles tripulantes?
¿Murieron todos ellos o alguno se salvó?
¿Hambrientos y al garete rodaron delirantes
y un manto de corales y esponjas los cubrió?

Sabrá Dios cuánto tiempo batió la mar bravía
llevando el casco solo bajo la inmensidad;
lo trajo a todos rumbos, y al fin lo dejó un día
tumbando en las arenas su augusta soledad.

Y allí en el costillaje que alegran las gaviotas
hoy vive con sus redes un viejo pescador;
un viejo barba blanca, de pipa, gorra y botas
que tiene el buen defecto de ser un soñador...

¡Cuán bello, con los brazos abiertos como cruz
erguido en el codaste, saluda al padre Sol!
¡Y cómo lo despide cuando se va su luz
y duerme en ropas regias de oros y arrebol!

El lobo es buen amigo de las constelaciones.
Sabe la voz del viento, y platica con Dios;
¡qué llanas y solemnes son las conversaciones
con que en la noche quieta se comprenden
[los dos!

Las roncas tempestades son sus bestias vencidas;
el mar espumajante, su rendido lebel;
fue piloto de mozo, y salvó muchas vidas;
para saber las rutas ¡ninguno como él!

Ya hubiera calma chicha, calina anunciadora,
sureste amenazante o rudo septentrión,
no ancló su barca nunca, y a la extensión sonora
se dio con ricos fardos o en lastre de ilusión.

Enseñaba grumetes con blasfemias y adagios;
los hacía con rebenque beber agua de sal;
y, las lonas henchidas, les narraba naufragios,
abordajes, milagros... ¡Todo un cuento oriental!

Cuanta empresa siguiera tanta supo lograr.
Fue pirata invencible. Fue corsario también.
Se robó una doncella. Se gozó en el pecar.
Y después, ya cansado, se hizo apóstol del bien.

Hoy esconde en los huecos de la negra bodega
los tesoros fulgentes de sus muchas memorias;
es Simbad solitario que en silencio despliega,
cual tapices bordados, sus remotas historias.

El añoso marino que ni pesca ni boga
mira el ancho horizonte que se extiende a sus pies,
y lo agita un anhelo que le pincha, le ahoga...
Sueña ser fuerte y ágil, izar vela otra vez.

Con la roda hacia tierra lo que ayer fue velero,
hoy inútil despojo que se empeña en vivir,
tiembla aún cuando en popa siente el beso ligero
de las ondas azules que quisiera partir.

Y las dos glorias muertas que arrojó el océano,
los dos nobles vencidos por la furia del mar,
son dos notas afines con que expresa el arcano
el dolor más sañudo: arribar y esperar.

El clavel

El viene en su potro, cuatralbo lucero,
vestido de charro, brillante de plata;
flotante y purpúrea, su abierta corbata
es una bandera bajo del sombrero.

Curvada entre holanes de cambray ligero,
un rosa en el rostro que el amor delata,
por un balconcillo se asoma *su chata*,
que andaba en el patio llenando el florero.

Un brazo que sale, se cimbra en el aire
un ancho y sangriento clavel reventón,
el potro da un salto, se oculta ella aprisa,

y el mozo se aleja con mucho donaire,
llevando en los labios discreta sonrisa
y el dulce presente sobre el corazón.

Cristo

Ha dos mil años, Cristo, que viniste,
y el mundo sigue igual.
¿En dónde está la paz que prometiste?
¿A qué crucificarte, si persiste
omnímodo y eterno el dios del mal?
Mentira que entendamos, Padre Nuestro,
tu sangre y tus parábolas, mentira...
Bajo el soplo siniestro
de Satán,
la tierra es una pira
de podres y de escorias,
y hace falta que nazcas hecho Juan,
porque pueblos e historias
necesitan las aguas del Jordán.
Llueve sal en tus líricas semillas;
tiene guijos tu siembra, sembrador;
y aunque vemos tus diarias maravillas,
nadie sigue tus prácticas sencillas,
tus prédicas de amor.

¿Qué se hicieron los castos pescadores
cuyas redes zurcidas,
más que de gordos peces tembladores,
después llenaste de almas encendidas?
¿Dónde está la llorosa de Magdala?
¿Dónde Lázaro y Martha? ¿Dónde el signo
de tus altos milagros
con que fuiste por villas y por agros
ofreciendo ante el bueno y el maligno,
como al cano Jacob, la rubia escala?
¿Cuya réproba mano
pretende oscurecer el ancha luz
que irradia de los brazos de la Cruz?
¿Qué espíritu pagano
aviva el agrio coro
del mundo al adorar la Bestia de Oro?
¿Por qué los más valiosos sacrificios
no son ya la paloma y el cordero,
sino el sucio dinero
y el odio y las mentiras y los vicios?
¡Oh Divino Señor! ¡Oh Cristo mío!,
mira las muchedumbres extraviadas;
juzga su largo error, y ten el brío
con que van por atajos y quebradas.
Mira cómo los hombres, arrogantes,

viven vida carnal:
son enanos, y gritan ser gigantes;
hieden, y creen ser flor;
se ahogan en la charca,
y dicen de una barca
de ideal;
juran firme amistad, y son rencor;
compran honras sin pan, y de su labio
sólo fluye el agravio,
el recelo bestial, el fondo acerbo,
en vez de consolar al que está triste
con el óleo fecundo de tu verbo
y el mensaje de amor que Tú dijiste...
Es menester, ¡Oh Padre Omnipotente!,
que encarnes y descieras...
Ven y mueve tu gente,
oblígala a salir del valle ardiente,
aniquila sus tiendas,
llévala lejos de donde ha fincado
el ara del pecado,
y dale un Sinaí, una altitud
donde sólo haya leyes de virtud,
ilumina las almas, deja en ellas
un reguero de luz, como en el cielo
nos acusan las huellas de tu vuelo
las estrellas.

Purifica los cuerpos, no permitas
que se plazcan en turbia tentación,
y haz que mermen sus culpas infinitas
transformando sus furias trogloditas
en instintos de bien y de perdón.
¡Ven de nuevo, Jesús, ven a la tierra,
donde hermano y hermano mueven guerra,
y pon en las conciencias tumultuosas
la humildad y el fervor
con que ungiste los seres y las cosas
de Belén al Tabor!
¡Otro Judas tendrás!,
nuevamente las turbas veleidosas
pedirán a otro Poncio tu condena,
y el indulto del torvo Barrabás;
tu carne nazarena
será puesta en la Cruz rota y vencida,
pero así volverá la fe perdida,
el orbe amará el bien,
y el fulgor sacrosanto de tu nombre
hará puro el espíritu del hombre
por los siglos de los siglos... ¡amén!

“Bienaventurados los que creen”

Mañana es la Noche Buena

Santo Clos, barbas de armiño,
que vienes de puerta en puerta
con tu saca milagrosa,
así como duerme el niño
y tras soñarte despierta
con sonrisa luminosa
para hallar su media llena,
yo quiero también mi don,
pues mañana es Noche Buena,
y hay nieve en mi corazón.

Tú recuerdas... de pequeño
me llenabas mi zapato...
Una vez quizá supiste
que mi más tenaz ensueño
era un trompo con silbato,
y al venir me lo trajiste.
Mira ¡qué diversa pena!
y ¡qué diversa ilusión!
Mañana es la Noche Buena,
y quiero otro corazón.

Uno nuevo, Santo Clos,
que tenga fuerza y confianza
para vencer en la vida,
pues éste, por ir en pos
del amor y la esperanza,
tiene temblores de herida,
fue laúd, mas ya no suena;
de llama quedó en carbón...
Y pues llega Noche Buena,
yo quiero otro corazón.

Un corazón con bravura
donde quepa todo el bien;
pero no como este viejo,
que de prisa y con locura,
sin saber cómo ni a quién
ni escuchar jamás consejo,
se ofrece cual fruta plena
por la más leve impresión...
Santo Clos, es Noche Buena,
y yo quiero un corazón.

Las lavanderas

A la geórgica sombra
de los álamos de plata,
donde más muelle es la alfombra
de las frágiles gramíneas,
y el cristalino arroyuelo,
repesándose, retrata
el límpido azul del cielo,
las muchachas lavanderas,
dobladas en bellas líneas,
son un frente de caderas.

De rodillas y onduladas,
dale y dale a puños llenos
a las ropas jabonadas,
¡cómo charlan! ¡cómo cantan!;
y ¡qué maliciosa risa
les hace temblar los senos
que barrenan la camisa,
si entre pompas de jabón
algunas manos levantan
ya un corpiño... ya un calzón!...

Aquellas que han enjuagado
van y tienden al barranco
sobre el césped soleado;
y desde el virgíneo tul
hasta el recio chaquetón,
hay un concierto del blanco,
el gris, el negro, el marrón,
el naranja, el rojo, el rosa,
el lila, el gualda, el azul,
una fiesta luminosa.

A veces el viento sopla
levantando alguna prenda;
la moza trunca la copla,
y allá va corriendo alada
tras ella, cual la fortuna,
librando dura contienda
con su enagua inoportuna,
que metida en la entrepierna
calca el ánfora sagrada
que el amor torna materna.

Con pueril coquetería
hallan espejo en el agua
temblorosas de alegría,

y cuando vuelcan la espuma
crepitante del jabón,
la onda, traviesa, fragua
una nívea floración
que flota, gira, rebulle,
y abierta y rota, se suma
en el torrente que huye.

Y ya al final de la tarde,
que cansado en su carrera
el sol se tumba cobarde
tras el negro lomerío,
ellas van con gesto casto
por la vieja carretera
llevando al hombro un canasto
tan lleno que el paso agobia,
con el olor del Estío
y la albura de una novia.

Abuelita, mira el cielo

Abuelita, mira el cielo
cómo está sin una nube;
ya salió la luna y sube
circundada por un halo.
¿No recuerdas?, el abuelo,
cuando chico, me decía:
“Por febrero a questo es malo,
pues anuncia *helada prieta*;
el maicito tempranero
no saldrá como quería,
y ha de haber algún ranchero
setentón, mi compañero,
que prepare la maleta”.
Abuelita, ten cuidado;
tú no quieres convencerte...
Este hielo retardado
casi siempre es traicionero,
trae la muerte.
Anda, vete a la cocina;
ponte el *tápalo* de lana;

anda a ver que amase Juana
bien la harina
para hacernos las tortillas,
y que ponga en el brasero
la mancuerna de costillas
y los machos de carnero.
¡Qué tesón con tus gallinas!
¡Si tú misma no las ves
que se acuestan, y al contarlas
ves que son ochenta y tres;
que los gallos no se suban
con las finas,
porque suelen picotearlas,
y que estén con paja y secas
las canastas ya sin asa
donde incuban
las cluecas,
vas en pena por la casa,
todo encuentras hecho mal,
y no duermes, con la idea
de que ronda nuestra aldea
el coyote puntiagudo,
que ya brinca audaz y mudo
las paredes del corral!
Ya no salgas, abuelita;

mira el cielo cómo está;
ya tu cuerpo necesita
los cojines del sofá.

Y no el sofá de familiar regalo...
La negra noche de ataúd de encino
guardó el sosiego de mi dulce abuela.
Febrero es mes traidor, febrero es malo...
Heló el hilito de agua cristalino
en que yo desde el tiempo de la escuela
mitigaba mi sed con alegría,
y hoy la triste está sola con su Cruz,
insensible a la lírica del día,
y dormida en el seno de Jesús.

¡Oh muerte, no te huyo!

¡Oh manta de lino
que serás mi mortaja!

¡Oh tablas de pino
de mi caja!

¡Oh tú, pala piadosa
que me echarás la tierra!

¡Oh deslabrada losa
que taparás mis huesos,
no me aterra
pensar en vuestra hora;
antes bien os bendigo desde ahora,
porque sois ancha puerta salvadora
de un camino de tumbos y tropiezos!

¡Oh gusanos
que en mudas caravanas apretadas
habréis de transmutar mi cuerpo frío!

¡Oh minúsculo río
de sangre y agua turbia extravasadas
de todo plano y víscera y arteria!

¡Oh divino poder de la materia
que del mísero polvo de mis manos
tal vez hagáis pedúnculos de flor
que luego entre los siglos puedan ser,
subiendo en la espiral de tus arcanos,
dos senos de mujer
para el amor!

¡Oh noche tenebrosa, noche hueca
que habrás de hacer más cómica mi mueca
metiéndote en mis órbitas vacías
y el cerco de mis dientes sin encías!

¡Silencio pavoroso,
horizontalidad, eterna paz,
INFINITO sin MÁS,
habré de recibiros llanamente,
con el mismo interés y el manso gozo
con que acoge mi espíritu en espera
las diarias maravillas
de las cosas sencillas,

así como la luz de la mañana,
el eco del torrente,
la sombra de una nube en la pradera,
el vuelo de los pájaros, la prisa
de los niños que juegan, y la risa
o el llanto de mi hermana!

¡Oh muerte, no te huyo...
pero en tanto que llegas, debo darme
íntegro y recio a fecundar la vida;
hacer flor del capullo;
y en gracia de ser mozo, imaginarme
que tú vendrás a mí cuando te pida.
Mi carne va encendida
cantando su romance
de amor;
y ¿para qué anunciarle tu venida?,
espera que se canse,
y su último canto,
de tiniebla y dolor,
lo dirá con su cruz del camposanto!

Índice

Presentación	5
Mi canción, sin el orgullo	9
Hazme caña, Dios dulce	10
Los papeleros	12
Salud, sacrificados	15
Los amores de los gatos	18
Toma tu hoz, hermano	23
Estoy en ti crucificado	26
Los toros en celo	28
Hermanita, sé justa	33
Es mentira que el tiempo cure amores	35
Sábado de Gloria	37
Mira de cuando en cuando las estrellas	40
Bucólica	42

Alborada/selección de poemas

Graciela, pastora mía	48
La parábola del panal	49
Quietud	52
Señor San Antonio	54
Tras las tardas carretas	58
Tú bien sabes amada	59
Ya retorna el rebaño	62
Florina, conciencia ten	64
Y Dios me castigó, pues no la olvido	65
Ven, mi Cloris, ya es hora	67
Señor, haz que mi carne	70
Alborada	72
La sequía	76
Alabanza del dolor	80
Poema de octubre	83
Hazla santa, Jesús	85
Bardas de adobe	88

Suene, suene el minúsculo tambor	92
Mamacita, mamá	95
Sepia marina	98
El clavel	102
Cristo	103
Mañana es la Noche Buena	107
Las lavanderas	109
Abuelita, mira el cielo	112
¡Oh muerte, no te huyo!	115

Alborada

Selección de poemas

Otilio González

Esta obra fue editada por el Consejo Editorial del Estado
e impresa en sus Talleres Gráficos

“Profr. Arturo Berrueto González”

Diciembre de 2020

El tiraje fue de 1000 ejemplares



OTILIO GONZÁLEZ MORALES
(Saltillo, Coah., 1894-Huitzilac, Morelos, 1927)

Poeta, político. Alumno distinguido del Ateneo Fuente. Estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Ciudad de México. Incurrió en la política y se destacó como diputado federal por el Partido Cooperativista, representando al distrito de Torreón (1922). Es uno de los poetas más fecundos de Coahuila; su poesía, que desborda ternura y sentimientos elevados, se encuentra enmarcada dentro de Modernismo, aunque sus temas tocan a veces motivos de Romanticismo. Su trabajo está contenido en las obras *Incensario* (1919) y *De mi rosa* (1924); y *Triángulo* (1947), *Luciernagas* (1948) y *Poemas escogidos* (1960) publicados de manera póstuma por su hermano Héctor. Perteneció al primer grupo de poesía que se organizó en Coahuila, identificado como tal con la publicación de *Once poetas de Nueva Extremadura*. Murió en una emboscada en Huitzilac, Morelos, cuando acompañaba al coronel Francisco Serrano y otros destacados políticos. Una calle de Saltillo y la sala de proyecciones de la UAdeC llevan su nombre.

SC SECRETARÍA DE CULTURA

Clásicos
COAHUILENSES
DE BOLSLILO

2020

